

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

SERMON

para el Domingo IX despues de Pentecostés.

Et videm civitatem
flevit super illam.

Luc., XIX. 41.

Y al ver la ciudad
lloró sobre ella.

¿Porqué llora Jesús y quién es la causa de su llanto? Harto lo declara el texto mismo del Evangelio. Iba el Salvador á Jerusalem, y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella diciendo: Si conocieses las calamidades que te amenazan y quien es el que á tí viene, dejarias tus malos caminos y saldrías á recibir la salud que el cielo te envía, pero llevas una venda en los ojos que te impide conocer el día clarísimo de las visitas misericordiosas con que Dios te favorece, y no puedes ver la horrible noche de miserias y congojas que va á estender su negro manto sobre tí y sobre tus hijos. Porque vendrán ejércitos poderosos, y te

TOMO II.

cercarán, y no dejarán piedra sobre piedra.

No preguntéis ya porqué llora Jesús y quien arranca de sus ojos sacratísimos ese llanto de angustia? Lloro sobre Jerusalem desconocido sobre Jerusalem: ingrata. sobre la ciudad, obstinada, que dió muerte á los profetas y que no muy tarde mataría en patíbulo afrentoso al Hijo de Dios. ¿Y no aprenderemos nosotros á librarnos de tamañas calamidades en vista de este suceso y de la causa que lo motiva? ¡Desventuradas las almas que no conocen el tiempo de su visitacion! Porque vendrán sobre ellas poderosos enemigos, y serán derribadas en tierra y no quedará piedra sobre piedra. Hé aquí las consecuencias de la ingratitud, pecado feísimo y trascendental que á nn mismo tiempo deja seco el rio de las misericordias y hace que se desborde sobre nuestras cabezas el torrente de las divinas venganzas. Tal será el asunto de este breve discurso: poner de relieve la gravedad de la ingratitude á las gracias divinas y los duos

10.r

castigos que esperan á los ingratos.

No me extraña que Jesucristo llorase al divisar la ciudad de los profetas. Era la ciudad amada de su corazón. Y la amaba á impulso del bien, del favor, de la gracia y del sacrificio. Y sabía que esa ciudad, objeto de su tierna solicitud, de sus desvelos y sacrificios en vez de apreciar sus bondades, tomaría de ellas razón y motivo para hartarle de oprobios; y pedir á gritos su sangre, rescate del mundo lluvia fecundante y purificadora para los corazones dóciles y agradecidos, lluvia de fuego para la ingratitud, reducida á cenizas y escombros en castigo de sus horrendas prevaricaciones.

Por eso la brinda con bienes de paz, de misericordia y de consuelo, la advierte, la corrige, muéstrale el cuadro de sus desventuras, suspira, llora sobre ella, sobre su ceguera y obstinación, sobre sus rebeliones é ingratitudes. ¿Cómo no había de llorar el Salvador, tan amante, tan tierno y generoso, sobre una ciudad ingrata hasta el punto de mostrarse, no ya indiferente, no ya prevenida, sino desleal, cruel y sanguinaria contra su Bienhechor y Padre? Y no es que Jesús lloré y lamente su mala correspondencia; llora y lamenta con ayes profundos y sentidos la desgracia de la ingrata ciudad y las consecuencias de la ingratitud. ¿Puede haber desventura mayor que la de aquellas almas que rehuyen la compañía y hasta la presencia de quien las amó y colmó de mercedes? ¿Qué corazones serán esos que no sienten las palpitations del agradecimiento? ¿Qué sangre será la de esos corazones sin el calor de la gratitud, sin la

sangre generosa del reconocimiento? No busqueis en otra parte el motivo de los tiernos lamentos y de las preciosas lágrimas que derrama el Salvador al divisar la misteriosa cuanto importante ciudad.

Jesucristo era Dios y hombre, Dios verdadero y hombre perfectísimo, y como tal abrigaba en su amoroso corazón todos los sentimientos humanos en su natural viveza y en el más perfecto equilibrio. Tenía, pues, el Hombre-Dios amor pátrio. Amaba con ternura las torres y los muros de Jerusalem, su templo y su altar, sus tradiciones y recuerdos, á sus moradores y á los hijos de aquellos hijos. ¿Podía no llorar el Salvador, previendo con perfecta claridad y penetrando con delicada intuición los horribles desastres que muy luego sufriría la ciudad obstinada? ¿Podía mirar con vista enjuta aquel cerco pavoroso, aquella peste y aquel hambre, aquellos escombros y aquellas cenizas, aquellas hecatombes y aquellos montones de ruinas? ¿Podía no llorar ni lamentar el Hijo de Dios la ingratitud y obstinación de la ciudad rebelde, sorda á todo aviso saludable, perseguidora de los profetas, y criminal hasta la embriaguez y hasta el deicidio? Y no es verdad que la conducta de los judíos es imitada por muchos cristianos y que también es imitada su culpa? Jerusalem, Jerusalem! ¡Almas obcecadas y rebeldes que matais los buenos pensamientos y desechais los avisos que Dios os envía! Hombres ciegos y obstinados que rechazais las inspiraciones de Dios y no atendeis sus visitas! ¡Cristianos ingratos que maldecís y blasfemais! ¡Cristianos tibios,

indiferentes, duros de corazón! ¡Cristianos abandonados, juguete de vuestras pasiones, violadores de la ley de Dios, esclavos de la codicia, que vais como locos por los caminos del infierno, sin pensar ni acordaros siquiera de la justicia que tiene su trono en los cielos! Oid, oid. Vosotros apartais la vista de los caminos del bien, vosotros cerrais vuestros ojos á la palabra de Dios, y vuestro corazón al dulce reclamo de la gracia. Pues bien, llegarán los sitiadores de la mística ciudad, la cercarán con asedio de estrechez y de angustia, y abandonada así misma, reducida á la impotencia de su ceguera y desventura, caerá derribada á impulso de las pasiones, *Et ad terram prosterment te*, y no quedará piedra sobre piedra, en el edificio intelectual, moral y espiritual levantado á tanta costa por el Hijo de Dios que nos hizo á su imagen y semejanza y nos redimió de vergonzosa servidumbre al precio infinito de su preciosísima sangre. *Et non relinquent in te lapidem super lapidem*. Tal es la suerte y condicion de cuantos se rebelan contra la ley de Dios y menosprecian sus beneficios. La ingratitud del cristiano es un pecado enorme, porque los encierra todos. Como no ha de llorar Jesucristo sobre Jerusalem obstinada y reducida á un monton de ruinas. ¡Ah! Si como yo conozco lo que os ha de suceder, lo conocerais vosotros, hombres ciegos y desvanecidos! ¡Si vierais las cosas como yo las veo! ¡Si atendierais á la causa de mis tristezas, de mis clamores y de mis lágrimas! *Si cognovisses et tu* Si lo que no veis, ni conoceis, ni en ese dia comprendéis, *in hac die tua*

quo ad pacem tibi, siquiera lo vultumbraseis! Pero estais ciegos, y no conoceis vuestra desventura presente y los desastres que os prepara lo porvenir. *Abcondita sunt ab oculis tuis*.

Y vendrán sobre vosotros esos males, esos males tremendos, no quedará piedra sobre piedra en el edificio de la gracia, no habrá en vosotros más que ruinas y desolacion, perecereis en el tiempo y sereis desdichados por toda una eternidad porque no habeis querido conocer vuestro dia ni el tiempo de vuestra visitacion. ¡Y qué dia es ese dia, propio de cada uno y qué tiempo es ese, llamado el tiempo de nuestra visitacion? Ese dia es el momento en que el Señor nos visita de mil maneras, ora con avisos interiores ó exteriores, ora con la prosperidad ora con la adversidad, ora enviándonos pesares, ora regocijos, ora consuelos, ora dolores en forma de prueba, y todo para despertarnos de nuestro letargo y hacernos conocer cuanta sea la desventura del pecador y cuan deliciosas las sendas de la virtud por donde van á su patria los peregrinos de la tierra. Ah ¡Si conociésemos el tiempo de nuestra visitacion! Ese tiempo es un rico tesoro. Mientras dura la vida presente, no cesa el Señor de visitarnos, no cesa de convidarnos al festin de su gracia y al paraíso de su gloria! Pero ¡ay! que somos ingratos, mas ingratos que los judios. Malversamos los dones de Dios, no damos oído á su palabra, despreciamos sus advertencias y cerramos nuestro corazón á sus ayes sentidos, mezclados con lagrimas amargas. *Et videns civitatem flevit super illam*. ¡Cómo no ha de llorar el Salvador al ver nues-

tra ceguera!, nuestra dureza y nuestra ingratitud? ¡Ay de aquellos que sacan fruto de esas lágrimas divinas! ¡Ay de los que rien, se divierten, y solazan mientras Jesús llora! No quedará de ellos ni vestigio sobre la tierra. Cultivad vosotros los dones de Dios, atended á sus visitas, conoced el tiempo de sus gracias, obrad como cristianos, y sereis recibidos en la Jerusalem celestial. Amen.

UN MISIONERO EN UN CAFE.

Hace algunas semanas mis negocios me llamaban á Sille. Apenas desembarcado, me encuentro con mi amigo Bénard, al que no veía hacia cuatro años.

Sin duda, no conocéis á Jorge Bénard. Pues bien: figuraos un buen mozo de talla hercúlea, de miembros de atleta, llevando con orgullo el uniforme de teniente de navio.

Reunid á eso modales de príncipe y un rostro de los más agradables y tendreis una idea del amigo con quien pase el dia en la capital del Norte.

A la tarde nos encontrábamos en el anden de la estacion sonando la hora de la partida del expreso, cuando vimos pasar un sacerdote de elevada estatura y bello rostro; algo agobiado por la edad y las fatigas, llevaba una larga barba.

De pronto mi amigo me dijo: ves ese religioso, creo reconocerle. Sí, él es, un misionero que he conocido en penosas circunstancias. Apresuremos el paso si quieres: deseo reanudar el conocimiento.

En ese momento el sacerdote pasaba delante de uno de los ricos cafés situados en la vasta calle. Cinco ó seis jóvenes al ver al sacerdote se pusieron á insultarle.

—¡Ved, todavia, uno de esos cobardes. botarates!

¡Cuá! ¡¡Cuál!

¡El holgazan! ni siquiera tiene el valor de cortar su barba.

Al oír estas injurias, Bénard me apretó el brazo hasta hacerme gritar.

—¡Pardiez! esto no quedará así, es preciso que yo hable á esos miserables!

Yo traté de calmarle.

—Déjales decir. Imita á ese sacerdote, ¿no ves como él los desprecia?

—Yo no lo entiendo así. Sacerdote y soldados son hermanos, quien insulta al uno ataca al otro. Espera, voy á darles una leccion!

Y ved á Jorge Bénard que se pone á llamar al sacerdote:

—¡Padre mio! ¡Padre mio!

El religioso se vuelve. Su mirada encuentra la de mi amigo, se reconocen y bien pronto esta el uno en brazos del otro, abrazándose en pleno boulevard.

—Padre mio, soy muy feliz de volveros á ver: vais á quedaros conmigo.

—Lo desearia mucho, teniente, pero debo tomar el expreso en cuarenta minutos.

—Dádme al ménos el poco tiempo que os queda. Mirad, seguidnos. Entremos aquí.

Pero, teniente, pensad en lo que decis, un misionero en el café!

Estais á más de dos mil leguas de vuestra mision, Padre mio, y no per-

maneceremos más que un minuto. El tiempo de arreglar una pequeña cuenta.

¿Cómo resistir á la fuerza hercúlea de mi amigo? El sacerdote se dejó llevar y los tres entramos en la vasta sala, profusamente alumbrada y llena de gente.

—Nuestros atolondrados están allí, dijo mi amigo, inclinándose hácia mí, y su altiva mirada examinaba todos los grupos, cuando oyó estas palabras pronunciadas á media voz:—Mira, ve al holgazán. Está muy bueno. Vamos á reírnos!

Bénard tomó una mesa inmediata á aquella en que se habían instalado los jóvenes insultantes. Hizo sentar al Padre entre él y yo, se quitó el sobre todo, dejando así descubierto su uniforme de teniente de marina, puso sobre la mesa el cinturón y dos soberbios revólvers y exclamó con voz estentórea:

—Hace calor aquí. Padre mio, pero no tanto como el día en que os arranque de las manos de los negros en vuestra misión de Jouek!

No se necesitaba más para atraer las miradas sobre nuestro grupo.

Era lo que quería Bénard.

Entonces, levantándose, fué derecho á la mesa de nuestros vecinos y dirigiéndose á un bobalicon que parecía más insultante que los otros, le interpeló directamente:

—Decid, joven, ¿quién sois para atreveros á insultar á este sacerdote? ¿Le conocéis para tratarle de cobarde y de holgazán? Sabed que si hay aquí un cobarde, no es ni él ni yo.

—Pero, señor, ¿Quién os habla?

—Es á vos á quien me dirijo yo, Jorge Bénard, teniente de navío.

Habéis insultado á mi digno amigo. Yo debo vengarle.

Oyendo estas palabras el joven palideció y empezó á temblar visiblemente.

—¡Oh no temáis, dijo Bénard, no sacaré la espada contra un miserable! Pero os hablaré del hombre á quien vos y vuestros vecinos habéis insultado en mi presencia.

—Teniente, yo os ruego, dijo el misionero tratando de interrumpir á mi amigo, la hora avanza, dirijámonos á la estación.

—Al momento, Padre mio; tenemos tiempo. Y dirigiéndose á los jóvenes, que no reían ya, continuó:

—Pues bien; sabed que este humilde sacerdote que habéis tratado de cobarde, era en 1870 capitán de un regimiento de caballería, donde ha hecho sus pruebas gloriosamente. Herido dos veces, ha abandonado el sable por la cruz y despues elevando bien alta esta nueva arma, no ha temido bajo las órdenes de su jefe Leon XIII, dejar la familia, patria, todo en fin, para comprometerse en las llanuras del Africa austral.

Tres veces el Padre Luis ha visto de cerca el martirio y cuando, hace dós años, tuve la felicidad de arrancarle á una muerte cierta, ¿sabéis lo que me respondió este hombre de corazón, en el momento en que quise llevarle á mi navío? Escuchad su respuesta, señores, y cuando tengáis el valor de dar una semejante, delante de la muerte, os saludaré como bravos, Escuchad:

«Hijo mio, me dijo, estoy reconocido por vuestra oferta y sobre todo por lo que acabais de hacer por un pobre misionero. La muerte me es-

pera sin duda en esta tierra de esclavitud, pero no se dirá que el Padre Luis desierta ante el martirio. El Papa me ha confiado una misión sagrada: la que cumpliré, si es necesario, al aprecio de mi sangre. Si yo siembro en el dolor, mis sucesores recogerán en la alegría.» Señores á vosotros os toca juzgar donde está el poltron y el cobarde!

Terminando Bernard besó la mano del misionero, cuyos ojos estaban mojados por las lágrimas.

El auditorio improvisado estaba ganado. Muchos señores se levantaron y fueron á estrechar la mano del reverendo Padre Luis. Uno de ellos, jóven todavia, llevó más lejos la reparación.

—Sin duda mi Padre ha venido á Francia á recolectar para su misión? le dijo.

A un signo afirmativo del sacerdote, el jóven tomó su sombrero y recorrió la reunion.

—Para los misioneros de Youski? decia: vació en seguida el producto de su colecta en la bolsa del Padre Luis, que le bendijo agradeciéndole por todos y diciendo:

—Hé aquí la primera vez que recojo limosna en un café!

H. DE ARTOIS.

(Correo Gatalan.)

EL SANTO CRISTO DE LA MERCED

(TRADICION CORDOBESA.)

(Conclusion.)

Era la primavera del año que citamos, cuando el Santo Comendador de Córdoba llegó á la ciudad de Antequera, punto elegido para la redencion, á causa del insoportable

trato que su feroz alcaide hacia sufrir á sus cautivos: calculada crueldad que su insaciable codicia le aconsejaba, á fin de que los clamores de sus prisioneros aumentaran los esfuerzos de sus familias para rescatarlos. Pero contra su esperanza los numerosos esclavos del principal de sus baños (1) siempre parecian resignados con su suerte, sin que los más bárbaros castigos hicieran arrancar la más mínima queja de sus lábios. Y sin embargo. Fr. Juan de Granada desde la celda de su convento, sabia, los padecimientos de los cristianos de Antequera, y con los primeros fondos que reunió, corrió á rescatar cuantos pudiera.

El despiadado alcaide, en tanto, habia descubierto la causa de la resignacion de sus esclavos y en lo que consistia la fuerza con que soportaban su crueldad. En un oscuro rincon del lóbrego subterráneo, pocilga inmunda en que á cientos estaban hacinados los infelices cautivos, se habia hundido una pared y tras ella aparecido un crucifijo que la raza goda seguramente habia ocultado, huyendo la profanacion de la agarena. Aquel Cristo en cuya forma ninguno reparó, fué la alegría de aquella mansion de tormentos: en su faz descompuesta por el dolor, que revelaba la mas angustiada de todas las agonías, encontró el cautivo la resignacion de su desgracia: en su mirada velada ya por la sombra de la muerte, la luz vivísima de su esperanza, y en el último aliento que parecia haber despedido ya aquel

1 Con este nombre designaban los moros los depósitos de esclavos que destinaban al rescate desde entonces.

pecho comprimido y mal deslizado por la torpe mano que lo trazara el esclavo respiró el aire de la libertad que su deseosamente le representaba en las flores de sus campiñas, la diafanidad del cielo andaluz, y las siempre risueñas aguas del Genil, saltando bulliciosas sobre las presas, con que en vano quisieran detenerlo.

A la llegada de Fr. Juan á Antequera, el alcaide habia sacado el Cristo de la mazmorra y dispuesto quemarlo, despues de otras afrentas, en presencia de los cautivos, jurando dar la muerte á todos los que no confesasen al profeta, á vista de la impotencia del Dios de los cristianos. En vano Fr. Juan de Granada suplicó al alcaide; solo tentando su codicia, consiguió se revocara la orden á condicion de que, puese el Santo Cristo en una balanza, se echara en la contraria tanto oro quanto se necesitara para equilibrar su peso.

Resolucion tal, causó terrible lucha en el Corazon del Santo Comendador, entre su piedad fervorosa y caridad ardiente, porque una de dos, ó habia que abandonar el Crucifijo á las profanaciones de los infieles, ó de jar á los cautivos expuestos á las crueldades de los bárbaros; alterativa horrible que la devocion de los cautivos resolvió, suplicando á Fr. Juan rescatar la divina imagen, de jándolos á ellos hasta el año siguiente que los pueblos cristianos con sus limosnas les proporcionaran la libertad.

La misericordia infinita del Señor no podia permitir, y no permitió, que á tanta abnegacion se retardara el premio. Traido el peso y puesto el Santo Cristo en una de sus balan-

zas, Fr. Juan de Granada acercó los sacos en que traía el dinero, limosna de los fleles destinada al rescate de sus hermanos; cogió una moneda que arrojó en la balanza contraria, que, rápida como si hubiera caido en ella la enorme mole de la cercana Peña, bajó hasta tocar el suelo, á cuya vista cayeron de rodillas los cristianos, derramando lágrimas de júbilo, interin los asombrados moros huian publicando el milagro por toda la ciudad y su obcecado alcaide disponia *saliesen libres de sus dominios todos los cristianos, llevando consigo aquel ídolo, por quien el ángel del mal hacia tales prodigios.*

Ese el origen de la divina imagen que el comendador Fr. Juan de Granada y los cautivos libertados por su medio, trajeron en triunfo hasta su convento de Córdoba; y cuya historia publicaron por todos los pueblos de España los numerosos testigos de ella.

Ya no existen ni las cantigas de los poetas que celebraron el milagro ni aun el antiguo lienzo que lo representaba en el convento de la Merced, y que con otros muchos, el vandalismo por una parte, y el *celo conservador* por otra, hicieron desaparecer al tiempo de la exclaustacion.

¡Señor! tú, cuyos insondables juicios están fuera del alcance de la mísera razon del hombre; tú, que amas los corazones sencillos, y te niegas al empedernido fariseo que viene á pedirte milagros para creerte; no permitas nunca que nuestro pueblo al adorar tu imagen santa, doble la rodilla ante el génio de las artes, ni que, para comprender los dolorosos misterios de tu redencion, necesite verlos

interpretados por los buriles de Montañés ó Cano.

PENSAMIENTOS.

No es cosa sencilla el figurarse cuántos esfuerzos se han hecho para reducir el Evangelio á las proporciones de una crónica moral. Se le despojaba de su aureola para salvarlo bajo las apariencias de la mediana. Lo que habia de estrecho en ese sistema, se mostraba fácilmente ridículo en la aplicacion, porque es menos difícil negar el evangelio que equipararlo a un mero manual de filosofía práctica.

Quinet.

VARIEDADES.

Ha sido presentada al Sr. Gobernador de Madrid una exposicion contra la blasfemia, firmada por centenares de vecinos de todas las clases de la sociedad, para que aquella Autoridad contribuya con cuantos medios sean posibles á contrarrestar un vicio tan repugnante y que cada dia cunde con mayor impunidad.

Dios quiera que tenga éxito, y logremos un dia ver destruido tan horrendo pecado, como grosera y soez costumbre.

El Conde Ivert ha dirigido una carta á los periódicos franceses proponiendo que no se dé trabajo á ningún francmason, y aconsejando á todos los propietarios que antes de valerse de un trabajador averigüen si es ó no francmason.

De este modo espera el Conde Ivert disminuir el número de los afi-

liados á aquella inmunda secta en Francia.

Ahora que se habla tanto de asociaciones antimasonicas, es oportuno decir que los católicos de los Estados Unidos han formado una extensa Asociacion contra la masonería titulada *de los caballeros de San Juan*. Funciona ya desde hace cinco años, y anualmente celebra reuniones que se llaman *convenciones*, habiéndose celebrado la última en Rochester en Junio pasado. Cada grupo se llama *Encomienda*, existiendo ya cuarenta y seis de éstas, cada una con su nombre especial, como la de San Jorge, la de Santa Cruz, San Pedro, San Pio V, etc. Los caballeros de San Juan tienen uniforme y llevan espada. Pagan una pequeña contribucion para socorrer á sus hermanos enfermos, sus viudas y sus huérfanos.

El objeto primordial de esta asociacion es hacer rendir á las autoridades de la Iglesia católica el respeto que les es debido, y trabajar por la extincion del vicio.

Por el ministerio de Fomento se ha dado una orden declarando monumentos nacionales el antiguo Convento de San Gregorio de Valladolid y el histórico santuario de Nuestra Señora de Covadonga.

Los comerciantes de Lugo han acordado no abrir sus establecimientos los domingos y dias festivos.

El alcalde de esta localidad ha publicado un bando reprimiendo el repugnante vicio de la blasfemia.